

voz de la sangre, el eco de la elocuencia paternal. No lo quiso así el cielo que en sus inescrutables designios, hirió a la patria en una de sus fibras más delicadas, paralizando aquel corazón que solo latió para el bien. Considero que el mejor broche que puedo escoger para cerrar esta desallñada oración, consiste en presentar unidos esos dos nombres y esos dos recuerdos y ofrecerlos como un alto ejemplo y como una noble enseñanza para la juventud que ahora se inicia en el servicio de la República.

## ORACION FUNE BRE DEL DOCTOR CARLOS HOLGUIN

POR MONSEÑOR CARLOS CORTES LEE (1)

»*Vanitas vanitatum et omnia vanitas*».—ECLÉS.

Vanidad de vanidades y todo vanidad, dice el sabio. Y si en todo tiempo se verifica esta sentencia sagrada, jamás resplandece con tanta claridad, ni impresiona el ánimo tan hondamente como en ocasiones semejantes a la que hoy nos congrega en este lugar. El poder, la grandeza, la gloria, el saber que se juntan en la vida de un varón ilustre, todo se ve reducido a humo y anonadado por la mano de la muerte. De todo eso no queda más que un puñado de ceniza y una memoria que, por más gloriosa que sea, está también destinada a oscurecerse y a pasar, como pasa el tiempo, siempre breve porque tiene fin. Inerte está ya la mano que no ha mucho gobernaba el timón del Estado, muda aquella acendrada y viril elocuencia que, severa, vibraba en las asambleas populares y poseía el mágico poder de enseñorearse de los entendimientos y calmar a su antojo las pasiones; desapareció como una sombra aque-

(1) Esta oración no fue pronunciada y se publica hoy por primera vez.

lla gallardía y donosura que formaron el hechizo de las reuniones y coloquios familiares, que fueron gala de los aristocráticos salones y lucieron hasta en los alcázares de los reyes.

Al estrépito de caída tan inesperada, se desbandó el coro interesado de los lisonjeros, huyó el enjambre de los cortejadores del poder; el temor, la envidia y hasta el odio, si lo hubo, están ya extintos en los corazones, dejando solamente indiferencia y olvido en unos, y en otros admiración y asombro mezclados de saludable desengaño o dolor íntimo y sincero, pero que el tiempo mitigará y que la muerte con nuevos golpes acabará al fin por sepultar. Sobrevivirán únicamente para la eternidad las buenas obras conocidas de Dios, y para nosotros las lecciones que se desprenden de vida tan fecunda y que nos ofrece el espectáculo de una alma creyente al través de todas las vicisitudes, modesta en la grandeza, perseverante en luchas prolongadas, fuerte en las tribulaciones; un hombre favorecido con todos los dones de la naturaleza y de la fortuna, encumbrado a la cima de los honores, y abandonado de pronto por ella y arrebatado por la muerte en medio de rugiente torbellino de pasiones airadas. En todas estas cosas resaltan, sobre todo, la magnanimidad del carácter y la alteza de la fe cristiana que adornaron al que fue en este mundo el Excelentísimo señor don Carlos Holguín.

Hombre de su época como el que más, joven siempre por el espíritu, relucían sin embargo en él ciertos rasgos que recordaban a los varones preclaros de otros tiempos, los fundadores de la República y sus inmediatos sucesores, quienes habían juntado al de la política el estudio de las humanidades, a los afanes de la vida pública, las amenidades del trato social, al culto del espíritu la fe sencilla, tradicional, sin recortes ni distingos, sin afectación como sin respeto humano; tipos de cultura castiza y de buena ley, heredada derechamente de su antigua cepa.

Después de largas batallas, coronados al fin sus esfuer-

zos, constituida la República sobre bases cristianas, reconocida la Iglesia y sus derechos, respetada la santidad del matrimonio católico y depuradas las fuentes de la enseñanza pública, Holguín, colaborador meritísimo en aquella obra de restauración, vino por elección unánime a sentarse bajo el dosel presidencial para gobernar la República después de haberla representado ante las Cortes extranjeras de modo de realzar su crédito y hacer concebir allí idea de su cultura.

Entonces pudo considerarse en la cumbre de su gloria: veía victoriosas las ideas que defendió desde su juventud; reconocidos por todos el acierto de sus pasadas luchas; honrado con la confianza de los pueblos; llevado a puesto eminente en fuerza de merecimientos que nadie ponía en duda. Mas ninguna de estas cosas logró desvanecerle, antes bien se mostró digno de aquellos honores y siempre apareció superior a todos ellos.

Es la gloria a un mismo tiempo el más vano y el más apreciable de los bienes terrenos; no apacienta ni regala los sentidos como el deleite; no consiste, como la riqueza, en cosas visibles y tangibles que dan al que las posee si no la realidad al menos la apariencia de la grandeza; es como algo inmaterial que no puede asirse, que estriba en una mera relación y que reside más en el que lo otorga que en el que lo recibe, y con todo, el apetecerlo es la más disculpable de las ambiciones, así como el hollarlo es sacrificio mayor que el de negarse a los placeres o renunciar a la opulencia. Al paso que estas son pasiones que se albergan en almas vulgares, aquélla alienta en los corazones bien nacidos; Dios mismo, que de nada necesita ni puede recibir de nadie cosa alguna porque es en sí suficientísimo, quiere, no sólo la gloria interna que consiste en el conocimiento y amor que tiene de sí propio, sino también, y con necesidad, la gloria externa que estriba en ser conocido de sus criaturas y reverenciado por ellas. Que Holguín buscó el honor, no se puede negar, pero también es manifiesto que lo buscó por los caminos anchos y decoro-

sos que se abren a toda noble emulación. El desear y ejecutar cosas grandes y laudables merecedoras de honor esclarecido entre los hombres, aunque no poniendo la mira puramente en la loa que por ellas se grangea, no es reprochable ambición; si lo acompaña y sostiene la fe, es también virtud moral y virtud cristiana que se apellida magnanimidad como que da muestra exterior del ánimo que desdeña lo mezquino, lo pequeño y rastrero, y ansía por lo grande y levantado. En nada se opone a la humildad con que la criatura se rinde delante del Criador, reconociendo la nada que tiene de su cosecha y la supremacía del Señor. Es virtud que enseña a hacer buen uso de los honores, dignidades y grandezas, no sujetándose a ellos como esclavo, sino dominándolos como señor y encaminándolos a la gloria de Dios, al amparo de la verdad, al ornamento de la sociedad y al buen régimen de los súbditos. Porque la distinción de condiciones es ordenada por Dios, que reparte sus dádivas sabiamente para el bien común, y es menester que haya quienes guíen a las multitudes y encaucen las corrientes de la opinión y rijan las naciones y las representen encarnando en sí la dignidad y los derechos de ellas. Corresponder a esta vocación y procurar cuanto lo consiente la humana fragilidad, no hacerse indigno de las responsabilidades que entrañan, es obra digna del cristiano y meritoria a los ojos de Dios.

Señal es de ánimo grande y excelso el no engreírse con los honores ni desmayar en las dificultades, ni dejarse derribar por los reveses de la fortuna. A las almas ruines las desquicia y hace arrogantes la elevación, las desalientan las contradicciones y el infortunio les arranca quejas que son indicio manifiesto de cobardía y debilidad. Holguín dio en los diversos trances de su vida muestra de magnanimidad. ¿Qué hombre ha recorrido entre nosotros una carrera más brillante? Pocos han logrado más lauros y coronas, ni han reñido combates más ásperos, ni arrostrado más amargas contradicciones.

Salido apenas de la adolescencia, cuando ocupaba un

puesto en la más alta Corporación del país aun hubo de presidir un Senado en que tomaron asiento hombres de mérito señalado por las letras, la elocuencia, los servicios insignes hechos a la patria. Puede asegurarse que desde aquella época, en el espacio de cuarenta años, lució en la arena política por el brillo de sus talentos, lo fácil de su palabra, el rico y bien ordenado caudal de sus conocimientos, no menos que por lo bizarro y noble de sus procederes, sin que hubiera momento alguno en que no se destacara en primer término su gallarda figura, combatiendo en el parlamento, en la cátedra, en la prensa, por el predominio de las sanas ideas, temido de unos, admirado de otros, pero de todos estimado por la hidalguía que lo adornaba.

Esto ya de suyo demuestra lo raro de sus talentos y virtudes. En naciones donde la Constitución ha alcanzado consistencia secular, donde el mecanismo del gobierno marcha con regularidad, bastan en ocasiones cualidades mediocres o vinculadas a un solo ramo, si se cultivan con esmero, para que el hombre público vaya ascendiendo, gradualmente pero con paso seguro, a los honrosos cargos del Estado. Mas en estas agitadas, turbulentas democracias donde fermentan pasiones encendidas y verdaderamente juveniles, donde pugnan por abrirse campo y adquirir dominio definitivo tendencias radicalmente opuestas, requiérense para la vida pública, si no han de ser efímeros los triunfos, múltiples y casi incomparables dotes de inteligencia y de carácter. Demostró Holguín raro tesón para sostener los principios que tenía por salvadores de la patria, aun durante aquellos largos años en que esos principios se veían proscritos y execrados, sin dejarse seducir nunca por la tentación de obtener ventajas inmediatas con menoscabo de la integridad de la doctrina.

Ni fue menos admirable ni menos magnánimo en la adversidad que en el colmo de los prósperos sucesos. Hecho a navegar en el alborotado mar de la política, no le

alteraban sus mudanzas y furores. Avesado a afrontar la contradicción, no le intimidaban las iras del vulgo, ni le perturbaban, sino que antes le excitaban al combate. Desatada contra él una de las más bravas tempestades de que hay ejemplo en nuestras luchas, no pudo desconcertarle, ni aun descomponerle el semblante, ni alterarle la voz. Atacado con violencia por unos, abandonado por otros, amargado con el desencanto y herido con la ingratitud, si sintió todo hondamente como hombre, no doblegó su entereza, ni dejó ver signo alguno de flaqueza.

Tan singular constancia y fortaleza tenía sin duda alguna por causa una naturaleza feliz, rica y equilibrada, beneficiada por una educación bien dirigida, por la severidad de los estudios, por el trato constante de los hombres, por la experiencia de los negocios y de las cosas, pero no será aventurado afirmar que su más honda raíz era la fe católica en que Holguín fue nutrido y de que jamás se desvió.

Insuperable ventaja es para el hombre el tener principios ciertos e inmutables que le sirvan de lumbrera en la oscuridad intrincada de las controversias y en las perplejidades que ofrecen algunas situaciones de la vida, que sean como mojones definidos y visibles que sin oprimir la inteligencia, ni cortar el vuelo a la voluntad, señalan el rumbo, denuncian el precipicio y libran de él. Ideales grandes y concebidos con claridad, convencimientos arraigados de los motivos en que gira la propia conducta, fueron siempre el fondo de aquellos nobles caracteres que descollaron sobre el vulgo de los hombres y son capaces de llevar a cabo empresas trascendentales.

Esta es una de las grandes ventajas del cristianismo, que en épocas como la nuestra en que predomina la duda, en que repudiadas las enseñanzas divinas y no pudiéndose por tanto filosofar e inquirir resolver satisfactoriamente los eternos problemas de Dios, del mundo, del hombre, han venido muchas inteligencias a pensar como los antiguos académicos que no hay ninguna verdad absoluta e

inmutable, que todo es relativo y provisional, que lo que hoy es verdadero puede ser falso mañana y al revés, hoy digo, cuando las inteligencias no tienen norte fijo que las oriente, las voluntades desquiciadas se han relajado y enflaquecido, hanse enervado los caracteres, y aquella dignidad caballeresca, aquella nobleza, aquel culto del honor y la lealtad que fueron timbre y distinguieron a generaciones creyentes, van desapareciendo para ceder el lugar al arte mezquino y ruín de acomodarse a las circunstancias, de doblegarse a todas las exigencias y hacer alianza con todos los errores, con todas las bajezas. Abunda la raza de aquellos hombres que la Escritura compara a árboles sin raíces y a nubes sin agua que flotan al capricho de los tiempos, que los vientos llevan a su antojo.

No fue de ellos el doctor Holguín. A su alma no penetró el frío del escepticismo contemporáneo, jamás tuvo vacilaciones y fue desde su niñez hasta su muerte católico de entendimiento y de corazón. No fue polemista católico, ni que se mezclara en disquisiciones teológicas, pero aceptaba los grandes dogmas católicos, abarcaba con clarísima mirada su conjunto armonioso, en vez de pararse en las menudas dificultades que embarazan a inteligencias mediocres y ofuscan a sabios exclusivistas y extraviados, descubría al vuelo la inanidad de las objeciones que se les oponen, y como hombre práctico y certero desentrañaba y abominaba las perversas consecuencias de las teorías con que se las pretende sustituir. Por lo demás, discurría con libertad en las materias en que cabe variedad de opiniones, respetando aquellas extensas líneas trazadas por la Iglesia y que coinciden con las que señala el buen sentido sano y robusto y aquellos principios generales dentro de los cuales pueden moverse con holgura el sabio, el estadista, el político. Ni el roce con los hombres del mundo, ni los viajes, ni los estudios, ni las lecturas extensas, ni siquiera las exigencias del batallador político, lograron menoscabar o empañar su fe. Aceptaba los dogmas de la Iglesia, reverenciaba sus prácticas, res-

petaba profundamente a sus ministros, y de todo ello daba testimonio público cuando era necesario con la naturalidad del que procede por íntima convicción y nada tiene que disimular, y con una intrepidez que no le dejaba siquiera pensar en los juicios del mundo o en las bur-las de la impiedad.

Hábil para las combinaciones de la política hasta el punto de haber sido agente muy principal y como mediador entre dos tendencias armónicas pero procedentes de campos opuestos, jamás conoció las concesiones en doctrina religiosa, ni transigió con las falsas ideas, ni se salió del campo de una sana filosofía social conforme con los principios esenciales, que en este punto enseña la Iglesia. Jamás pagó tributo a la moda, nunca afectó incredulidad, ni atentó en lo mínimo a ninguna de las verdades sagradas del cristianismo, demostrando una vez más en su persona que la fe de Cristo ni oscurece las inteligencias ni apocá las voluntades: que puede úno ser cristiano y católico sin que le falte nada para ser grande en la esfera a que le llame la Providencia.

Gentes extraviadas pretendieron implantar en este país sistemas que entrañan oposición a la religión católica. Labor insensata que no podía menos de redundar en daño de la misma sociedad civil, como puede comprobarse. Dios no solamente ha creado y conserva todas las cosas en el sér que les dio sino que también concurre a todos los actos que ellas ejecutan. De tal modo que si llegara a cesar un momento esta acción ordenadora, mediante la cual dirige el Criador todas las cosas a sus fines y mantiene la armonía y concierto de las unas con las otras, el mundo material todo volvería al caos y desaparecería esta consonancia que observamos en el universo. Por idéntica manera es Dios también no sólo creador y conservador de las sociedades humanas, sino que además en este orden social interviene y debe intervenir para sustentarlo; sólo que en esta parte la libertad humana puede entrar su acción y de esta manera venir a perturbar la

sociedad, si bien estas mismas perturbaciones todas entran en un orden superior y más amplio que las abarca y no logran sustraerse de la universal Providencia (que todo lo rige y gobierna), pues las mismas disonancias armonizan y conciertan en un orden más amplio y elevado.

Dios es fuente de autoridad, regla suprema de la moral y en cierto sentido es verdad que El es autor único de cuantas leyes tienen virtud de ligar las conciencias, ya que ellas no son tales ni tienen valor alguno cuando no se conforman con la ley eterna e inmutable que mana de Dios. Es menester que El esté en el gobernante a fin de que no abuse de una potestad que le otorgó para edificar y no para destruir; y en el súbdito, para enseñarle aquella obediencia racional que tan lejos está del espíritu altanero y levántisco, como de la abyección servil, que sabe acatar la autoridad porque es destello de Dios, y condenar con la protesta pacífica y digna los desmanes de los que la ejercen. Es menester que su espíritu penetre en todas las junturas y resortes de esta máquina complicada para que funcione con regularidad y acompasadamente.

Cuando Dios no está presente en la sociedad, el orden desaparece y comienzan las colisiones y catástrofes, porque ni la autoridad tiene sanción, ni freno las pasiones, ni norte la moral. Por eso desde que en lo moderno se han empeñado los hombres en desterrar a Dios de las naciones, éstas se han conmovido en sus cimientos. Se pretendió buscar el origen de las sociedades no en Dios sino en un pacto que jamás existió, la autoridad en la voluntad soberana del pueblo, la moral en no sé cuántos sistemas diversos pero que van a parar al frío egoísmo y a los cálculos de la utilidad. Se ha expulsado a Dios de las escuelas, se ha prescindido de su revelación en la filosofía, no se le ha dado lugar en las Constituciones, ni en las leyes, ni en los consejos de los soberanos; gobernantes y pueblos se han hecho práctica y públicamente ateos y de ahí lo que estamos experimentando en las postrimerías de este siglo: una revolución nunca vista que ruge ya y se

siente por donde quiera, que amenaza, como una borrasca, arruinar cuanto se le opone, azote más terrible que el de las invasiones bárbaras que no va a talar los campos, devastar las ciudades y mutilar los monumentos de arte, sino que amenaza hacer desaparecer las sociedades cristianas para reemplazarlas por algo que es el caos en el orden moral, y por sociedades, si tal pueden llamarse todavía, donde no haya propiedad, ni ley, ni magistrados, ni moral, sino anarquía, es decir, barbarie o vida de brutos que no de hombres.

A las teorías de cuyo seno brotan, por necesaria y lógica evolución, tan temerosas consecuencias, se opuso siempre el señor Holguín. Nuestros parlamentos le oyeron combatir, con la agilidad y denuedo de experto lidiador, con raciocinios sólidos y sazonados de agudeza y fina ironía, el menguado utilitarismo de Bentham, el grosero sensualismo de Tracy, que considerados en días de ofuscación como la última palabra de la humana sabiduría, fueron alimento o más bien tósigo de las mentes juveniles. Cuando el error llegó a sus consecuencias extremas y por respeto a la libertad de cultos, se vedó la manifestación pública del único culto que impera sobre los colombianos, Holguín hizo servir su prestigio y su habilidad a la defensa de la buena causa e hizo lo con tanto brío y acierto que el grande Arzobispo Arbeláez no pudo menos de darle el parabién y manifestarle su gratitud como Prelado, por los esfuerzos hechos en favor de la Iglesia y porque en aquella como en muchas otras ocasiones, había sabido corresponder a las esperanzas del pueblo y del clero volviendo por los fueros de la religión, de la justicia y del derecho.

Y es que Holguín era tan católico en los negocios públicos como en el seno de la familia. No cabía en aquel espíritu luminoso, en aquel corazón franco y abierto esa dualidad imposible, esa contradicción inexplicable de aquellos que tienen dos reglas de conducta y que honrados tal vez y hasta piadosos en el hogar doméstico, son

perseguidores de la Iglesia y autores de leyes que vulneran su independencia y sus derechos. Aberración es esta que no puede nacer sino de la absurda doctrina de que el Estado no debe tener religión, como si la sociedad, tanto en lo material como en lo moral, es decir, en los hombres que la forman y en la autoridad que la informa y determina, no fuese obra de la naturaleza y por consiguiente de Dios, y no estuviere bajo este concepto obligada a reconocerlo y reverenciarlo.

Durante su gobierno la Iglesia disfrutó de amplia libertad, y se vio al gobernante siempre pronto a promover y fomentar cuanto pudiera contribuir al florecimiento de la religión, a la difusión de la verdad, a la educación cristiana de la juventud, al esplendor del culto católico. ¿Y no le vimos en los últimos tiempos, exaltado a la primera magistratura del país acudir, confundido con la multitud, a los sermones de la cuaresma, retirarse luego a los ejercicios espirituales e ir en seguida ostentando en su pecho la banda tricolor, cargado con los laureles recogidos en todos los campos del honor a postrarse delante del altar con la fe de sus primeros años para recibir el pan de los fuertes?

Nuestro Señor quiso al fin probarle con la tribulación, instrumento de que el amor divino se vale para iluminar, depurar y perfeccionar las almas de los suyos. Tiene Dios reservados unos bienes infinitos que no podrán gozar los malos, y unos infinitos males que no padecerán los buenos. Mas los bienes y males de esta vida quiso que fuesen comunes a unos y a otros para que no se estimen esos bienes de que muchas veces gozan los injustos ni se teman con demasía esos daños que en ocasiones sufren también los justos. Dios había colmado a Holguín de muchos bienes y le había otorgado muchos triunfos, y por eso era menester que pasase por el dolor para que sus miradas se fijasen en las realidades eternas. Sus postreros días fueron nublados, pero eso mismo es para los que tienen fe, prelude de misericordia y motivo

de esperanza. Oscureció a sus ojos las cosas de la tierra a fin de que brillaran con más claridad las del cielo.

Nosotros esperamos que cuando las pasiones se hayan amansado y recobrado sus fueros la justicia imparcial, la posteridad pondrá el nombre de Holguín entre los mayores de que se enorgullezca la patria, así como confiamos en que, testigo de su virtud, de la fe que no renegó y del celo de Dios que en sí tuvo, el Señor misericordioso le habrá acogido benignamente, y si aún fuere necesario, querrá mediante la efusión del sacrificio que acabamos de ofrecer, dar a su alma, libre ya de los castigos de la mortalidad, alguna parte en la herencia de la salvación eterna. Amén.



## CARLOS HOLGUIN

Cuando escribíamos las líneas consagradas a la memoria del doctor Rafael Núñez, no llegamos a suponer que las presentes, ocasionadas por la desaparición del doctor Carlos Holguín, hubieran de seguir a las otras con tan corto intervalo, que pudiéramos publicarlas bajo un mismo título. La muerte, que ha unido a estos grandes ciudadanos en su despedida de la vida, viene también a juntar estas humildes ofrendas de amor y de admiración, que colocamos agradecidos sobre los sepulcros de dos hombres que fueron indudablemente glorias de la patria y que desempeñaron importantísimo papel en nuestra historia contemporánea. A Núñez y a Holguín les ha tocado emprender casi juntos el eterno viaje, después de haber sido compañeros de luchas y de triunfos en los últimos veinte años. De este modo el inmortal reformador de Colombia ha sido seguido, con pocos días de diferencia, por el denodado atleta de la causa conservadora; por el que